

Consejo Mundial de Iglesias
Consulta teológica sobre la economía de vida
27 al 30 de octubre de 2014, Chennai (India)

La economía de vida: Una invitación a la reflexión teológica y la acción

A raíz del llamamiento de la X Asamblea del Consejo Mundial de Iglesias (CMI) a una peregrinación de justicia y paz, las iglesias miembros y los asociados ecuménicos han iniciado actividades a muy diversos niveles¹. La declaración de Bogor, “Economía de vida, justicia y paz: Un llamamiento a la acción”, presentada en la X Asamblea del CMI en Busan en 2013, resume los resultados de un proceso de siete años, iniciado en la previa Asamblea del CMI celebrada en Porto Alegre en 2006 para abordar las injusticias económicas y ecológicas². “Economía de vida, justicia y paz” es una exhortación a las iglesias a responder urgentemente a las preocupaciones de las comunidades del mundo que hacen frente a crisis económicas y financieras sin precedentes, así como a la amenaza del cambio climático y la extensa devastación ecológica. Como creyentes estamos llamados a infundir esperanza en los lugares sumidos en la desesperanza. Sobre la base de estos llamamientos, el CMI organizó una consulta teológica sobre la economía de vida que tuvo lugar en Chennai (India) del 27 al 30 de octubre de 2014. Las conclusiones de esta consulta hacen hincapié en la visión de la economía de vida.

En el presente documento, el CMI invita a las iglesias, las comunidades eclesiales, las organizaciones ecuménicas, las facultades teológicas, los seminarios y los asociados de todas partes del mundo a intensificar la reflexión y la acción en el ámbito de la economía de vida. En este sentido, se prevé que, entre otras cosas, se emprendan iniciativas de reflexión en las comunidades eclesiales, actividades conjuntas con los asociados y un diálogo interreligioso centrado en esta cuestión.

La economía de vida como expresión de koinonía

La economía de vida encarna la visión de Dios de koinonía³, donde las comunidades sanas prosperan en paz y armonía entre sí y con la Creación de Dios (Hechos 2:42-47). Ofrece un espacio, donde todas las personas tienen un lugar decente, limpio y seguro donde vivir y morir

¹ CMI (2013), “Mensaje de la X Asamblea del CMI: Unámonos a la peregrinación de justicia y paz” (http://www.oikoumene.org/es/resources/documents/assembly/2013-busan/adopted-documents-statements/message-of-the-wcc-10th-assembly?set_language=es).

² CMI (2012), “Economía de vida, justicia y paz: Un llamamiento a la acción” (en español, también llamado “AGAPE llamamiento a la acción”) (http://www.oikoumene.org/es/resources/documents/programmes/public-witness-addressing-power-affirming-peace/poverty-wealth-and-ecology/neoliberal-paradigm/agapecallforaction2012/agape-call-for-action-2012?set_language=es).

³ El significado esencial de la palabra griega ‘koinonía’ (κοινωνία) es comunidad, comunión, participación conjunta y compartir.

rodeados de su familia y amigos a quienes aman y con quienes comparten la vida; donde el trabajo es digno y los salarios son equitativos y justos; donde se hace justicia, se ama la misericordia y se camina humildemente con Dios (Miqueas 6:8); y donde los seres de la Tierra – sean microbios, plantas o ballenas; mares, lagos, ríos o cielos; las profundidades terrestres o las aguas ocultas– viven en la integridad que Dios ha creado. De hecho, cada uno de nosotros forma parte de una red de relaciones que conectan una mariposa en China con la totalidad de la atmósfera de la Tierra, con todos sus océanos, montañas, campos y ríos, desiertos y anacondas, y con los profundos misterios de su cuerpo físico –rocas, lava y agua, magma, metales y minerales preciosos. En Cristo estamos unidos a toda la realidad creada, en cuyo seno vivimos y de la que dependemos físicamente para subsistir.

En el mundo actual, no vemos la visión de Dios de koinonía. La liberalización y desregulación de los mercados que han tenido lugar a lo largo de las últimas tres décadas, en el marco de los amplios procesos de globalización neoliberal, han permitido erigir un sistema que promueve el consumo insaciable de recursos humanos y naturales y, con ello, unos desequilibrios cada vez mayores a nivel económico, social y ecológico. Hoy, las 67 personas con la mayor fortuna del planeta igualan en riqueza a la mitad más pobre de la población mundial. Las diversas tradiciones religiosas del mundo llevan mucho tiempo advirtiéndonos de los peligros de la codicia que conduce a esta distorsión total de la visión divina. En medio de la pobreza, el sufrimiento, la opresión, la explotación económica y el abuso de poder que conforman la vida de la mayoría de la población mundial, así como de la tortura y la creciente amenaza de muerte que acecha a la Tierra y a todos sus seres, Dios llora con nosotros en nuestro dolor y vulnerabilidad.

Pero al mismo tiempo, vemos a Dios en las vidas y la resiliencia de las personas que hacen frente a los poderes de la muerte y la opresión. Tenemos constancia de muchas iniciativas a través de las cuales las iglesias trabajan con comunidades religiosas y laicas por el bienestar del prójimo. Escuchamos la llamada de Dios instándonos a vivir nuestra fe trabajando juntos a fin de crear una economía de vida para la Tierra y todos sus seres, para la justicia y la paz, para la koinonía. Al profundizar nuestro compromiso destinado a dar forma a la economía de vida como alternativa a las fuerzas y estructuras económicas dominantes, debemos reconocer las luchas de cada cual e invitarnos mutuamente a emprender acciones concretas.

La economía de vida es una cultura de justicia compasiva, donde aquellos de nosotros que nos encontramos en los sectores más acomodados de la sociedad vivimos nuestra fe en Dios a través de la solidaridad: transformando el privilegio, retirando el capital invertido en empresas que niegan la vida, viviendo de una manera más sencilla, haciendo causa común con los movimientos populares y de trabajadores y apoyándoles, participando en prácticas de comercio justo, promoviendo economías locales alternativas y la agricultura orientada a la comunidad, luchando contra la fabricación y el comercio de armas de destrucción masiva, y cuestionando a nuestros gobiernos y organizaciones económicas y financieras mundiales de todas las maneras posibles.

Durante los últimos siete años, los procesos del CMI Globalización Alternativa para los Pueblos y la Tierra (AGAPE) y Pobreza, riqueza y ecología (PRE) han examinado la correlación entre las estructuras económicas capitalistas neoliberales que imperan en la actualidad y la subsiguiente creación simultánea de una gran riqueza para una pequeñísima minoría, de una creciente y angustiosa pobreza para miles de millones de personas, y la destrucción de la Tierra y de sus recursos. En respuesta a ello, la X Asamblea del CMI celebrada en Busan en 2013 llamó a unirse en una peregrinación de justicia y paz.

Este documento, elaborado en 2014 por representantes de las iglesias, de las tradiciones budista, musulmana e hindú y de organizaciones de resistencia, reunidos en un encuentro internacional, responde a ese llamamiento invitando a las iglesias, las congregaciones, las comunidades de resistencia, los movimientos populares, los grupos de la sociedad civil, las facultades teológicas, los seminarios, así como a nuestros hermanos y hermanas de otras religiones, a la reflexión teológica y la acción en el ámbito de la economía de vida.

La justicia y la paz de Dios

La justicia de Dios ocupa un lugar central en la economía de vida, la cual se mide por la calidad de vida de aquellos que viven en los márgenes (Mateo 10:42). La economía de vida amplía el círculo de inclusión para acoger a todos los que han sido empujados hacia la periferia por las economías basadas en el lucro y la competencia. Es una economía de la cooperación y la colaboración, una economía solidaria que promueve los valores de solidaridad, la interdependencia mutua y las relaciones. Es una economía que se asienta en la sociedad y la ecología y que garantiza que todas las personas y criaturas vivan dignamente. Se sustenta en la ética y la estética. Su fruto es la paz.

La economía de vida cuida de la tierra y el mar, de toda la Tierra habitada, que tiene su propia integridad otorgada por Dios. Está en contra de la mercantilización de todos los aspectos de la naturaleza, incluidos el agua, el aire, los bosques y otros bienes comunes. La abundancia de la Creación no es una mercancía que se pueda saquear, sino que es un don divino para celebrar la vida compartiendo con los demás. La economía de vida ofrece un lugar donde toda la Creación glorifica a Dios, el Creador, el Redentor y el Sustentador, para que todos tengan vida en abundancia (Juan 10:10). Es, por lo tanto, un anticipo del reino de Dios, donde celebramos la vida en medio de la 'imposibilidad de la vida' mediante nuestro compromiso de reestructurar radicalmente el orden económico imperante.

Tal como podemos constatar en muchas partes de nuestro planeta, la expansión económica y una mejor macroeconomía no conllevan automáticamente una vida mejor para los pueblos. Por ello, la economía de vida no se limita a hacer crecer el producto nacional bruto, sino que más bien se basa en el consumo responsable, la distribución justa, la producción sostenible y la inversión en el bien común. Dios nos invita a disfrutar de la abundancia de la naturaleza, pero no a costa de las personas, de los otros seres vivos y de la propia Tierra. Los israelíes en el desierto aprendieron que la 'economía maná' consiste en recoger solo lo que necesitamos para

ese día (Éxodo 16:13-30). La 'economía maná' de lo 'suficiente' nos enseña a limitar nuestro consumo, pues todo lo que acumulamos se evaporará y perecerá, por más que lo agarremos.

La solidaridad como experiencia bautismal

La economía de vida se basa en las relaciones justas entre los pueblos, reconociendo sus vulnerabilidades comunes y acompañando sus luchas en diversas partes del mundo. Es una economía relacional que nos insta a ir más allá de las generalizaciones abstractas y alejadas de la vida cotidiana para centrarnos en la acción concreta a escala local, nacional, regional y mundial. Estamos llamados a establecer relaciones de solidaridad que no sean 'proyectos misioneros' caritativos, sino un testimonio de justicia y transformación social. Debemos atrevernos a acabar con nuestros propios privilegios económicos, de modo que no nos limitemos únicamente a escuchar, sino que actuemos en solidaridad con las personas que luchan en nuestras comunidades, nuestros países y con el mundo que gime.

Las diversas formas cristianas de entender el bautismo reflejan este 'acabar con' la vida de antes. San Pablo, en su epístola a los romanos, habló del bautismo como de ser "sepultados con él en su muerte, para que así (...) también nosotros vivamos una vida nueva" (Romanos 6:4). Esta muerte la interpretamos como una referencia a la renuncia de los privilegios económicos, y la resurrección como una referencia a apartarse (metanoia) de una vida consagrada al consumo y la acumulación para cultivar el desapego. A lo largo de los siglos, las diferentes tradiciones religiosas han valorado la renuncia y el desapego, tal como han demostrado las vidas de la mayoría de fundadores, líderes, santos y gurús religiosos.

En la economía de vida estamos unidos en profunda solidaridad a todos los demás seres humanos, a todos los seres de la Creación de Dios, incluida la propia Tierra. La profunda solidaridad es una parte esencial de nuestra experiencia bautismal. Para aquellos de nosotros que vivimos en situaciones de poder y privilegio –por motivos de clase, género, raza, casta, etcétera–, es una expresión política y espiritual a través de la cual nos comprometemos con comunidades que luchan por la vida ante la 'imposibilidad de la vida' y actuamos junto con nuestros hermanos y hermanas, y no simplemente en su favor. Es un acto decisivo por medio del cual se denuncia y rechaza públicamente el dominio de todos los poderes imperiales sobre nuestras vidas, y se declara públicamente que el único Señor de nuestras vidas es Jesucristo, y no la ilusión dorada del mercado. Este testimonio lo mostramos viviendo en un espíritu de arrepentimiento, reparación y solidaridad. Más que cambios de estilo de vida basados en la administración de los recursos y una caridad motivada por la filantropía, nuestra confesión bautismal de Cristo como Señor requiere el compromiso de unirse a la peregrinación hacia la economía de vida de Dios por el bien de todos los seres de este planeta, y por el bien de la propia Tierra.

Poder transformador

En la economía de vida, el poder es un sistema de control y equilibrio y todas las personas – independientemente de su clase, género, raza, casta, orientación sexual, identidad indígena y

religión– tienen una voz y participan en la toma de decisiones a todos los niveles. La toma de decisiones y la formulación de políticas sobre cuestiones económicas debe *“llegar a aquellos que más sufren sistemáticamente de marginación”* porque *“nada de lo que se determine sin ellos será para ellos”*⁴.

Durante su gloriosa ascensión, nuestro Señor Jesucristo prometió a sus discípulos que serían investidos de poder (Hechos 1:8). El poder transformador es la promesa de Dios de que vivamos y hablemos sin miedo y construyamos una base de gente poderosa llamada a resistir y subvertir la hegemonía destructora de las economías de la muerte. Aunque no sea sin riesgos ni costes, como cristianos debemos adoptar públicamente posturas valientes y, en caso de abuso de poder, alzar una voz común para exigir a las autoridades e instituciones públicas que se comprometan a garantizar la justicia y la paz en la sociedad, y para instar a las empresas y compañías a preocuparse de las personas y la Creación.

Aprender de los márgenes

Al crear una economía de vida, debemos aprender mucho de las perspectivas, experiencias y espiritualidades de aquellos que viven en los márgenes y con quienes Jesús se identificó (Mateo 25:40): los más pobres, las mujeres, los pueblos indígenas, los adivasis⁵, los migrantes, las personas de color, las víctimas de guerra y los refugiados, los dalits⁶ y otros. Estas comunidades se ven obligadas a sufrir las peores consecuencias de las crisis interrelacionadas en el ámbito de la economía y la ecología debido a su experiencia de la subalternidad⁷, instándonos a combinar de forma consecuente nuestras luchas en favor de la justicia económica y ecológica con luchas contra el patriarcado, el sexismo, el racismo, el sistema de castas y el militarismo. ¿Cómo definen y dan forma a la economía de vida las personas en los márgenes?

Los adivasis, los grupos tribales, los dalits, las mujeres y otras comunidades marginadas reconocen la economía de vida como un lugar donde crear, cultivar y mantener la vida; criar y educar a los niños para que se conviertan en profetas y defensores de los derechos humanos que un día lucharán por sus comunidades; promover la resistencia, la solidaridad y la interdependencia tanto desde un punto de vista teórico como práctico. Es el lugar donde la relación simbiótica entre el patriarcado, el racismo y el capitalismo se pone de manifiesto y se denuncia. Se inspira en las teologías negras de la liberación que han deconstruido la centralidad

⁴ CMI (2012), “Economía de vida, justicia y paz” (http://www.oikoumene.org/es/resources/documents/programmes/public-witness-addressing-power-affirming-peace/poverty-wealth-and-ecology/neoliberal-paradigm/agapecallforaction2012/agape-call-for-action-2012?set_language=es).

⁵ Los adivasis (‘habitante originario’ en hindi) son las tribus étnicas e indígenas de la India.

⁶ Antes conocidos en la sociedad hindú como los ‘intocables’.

⁷ El término ‘subalternidad’ hace referencia a la condición de subordinación producida por la colonización u otras formas de dominio económico, social, racial, lingüístico y/o cultural (<https://www.dukeupress.edu/Subalternity-and-Representation/index-viewby=title.html>).

y la supremacía racial de Occidente, y han capacitado a las personas de color para que pudieran ejercer su poder colectivo y político en aras del cambio social.

Su visión de la economía de vida abandona los dualismos que separan el cuerpo del espíritu, las creencias de la acción, los seres humanos de la naturaleza, la economía de la ecología, lo masculino de lo femenino, y que perpetúan las jerarquías de la dominación y la opresión. La economía de vida basada en la justicia y el igualitarismo afirma el papel indispensable que las mujeres desempeñan como parte integrante de la lucha por la transformación, ofreciendo un espacio donde las diversas generaciones de mujeres, abuelas, madres, esposas, hermanas, tías e hijas, son valoradas no solo por sus cuerpos, sino por la sacralidad de su ser; donde las antiguas sacerdotisas, las mudang (Corea), las babaylan (Filipinas) o las ranis (tribus naga de la India) son recordadas; donde los movimientos de mujeres son apoyados y celebrados. La economía de vida denuncia la feminización del trabajo y la comercialización de los cuerpos femeninos.

La economía holística de vida rechaza la homogenización que niega la existencia de diferencias por lo que se refiere a la identidad, la etnicidad, la cultura, la tradición, los valores, la historia y los sistemas económicos y de gobernanza. Más bien, conserva y celebra los modos de vida y prácticas económicas de las comunidades marginadas. Estos modos de vida se basan en la necesidad, en vez de en la codicia, y respetan la integridad de todos los seres vivos, considerados todos igualmente importantes. Se fundamentan en la cosmovisión de que pertenecemos a la tierra y la tierra no nos pertenece, que todos somos parte de una maravillosa red orgánica de vida (un principio presente en muchas comunidades, tales como la Ubuntu y Ujamaa en África, la Sansaeng en Corea, la Sumak Kawsay o Buen Vivir en América del Latina).

Estas economías, que han funcionado durante siglos fuera del mercado colonial y neoliberal, a menudo son calificadas como de 'subsistencia'. No obstante, se trata de economías que encuentran plenitud e integridad en una vida sencilla, que promueven la heterogeneidad y la biodiversidad, y que rechazan la mercantilización de la vida y el mercado corporativo que se rige por la competencia y el ánimo de lucro. Así, el concepto quechua de Sumak Kawsay "*identifica como finalidades (...) la satisfacción de las necesidades, la consecución de una calidad de vida y muerte digna, el amar y ser amado/a, el florecimiento saludable de todos y todas, en paz y armonía con la naturaleza, y la prolongación indefinida de culturas, (...) el tiempo libre para la contemplación y la emancipación, y que las libertades, oportunidades, capacidades y potencialidades se amplíen y florezcan (...)*"⁸.

Commented [R1]: Esta cita la he encontrado en otra fuente de la misma autora (ver nota), por lo que la he cambiado (http://fedaeaps.org/IMG/pdf/Sumak_Kawsay_Buen_Vivir_y_cambios_civilizatorios.pdf)

⁸ Ramírez, René, en el *Plan Nacional para el Buen Vivir del Ecuador*, citado en Irene León (2010), "*Sumak Kawsay/Buen Vivir y cambios civilizatorios*", 2ª edición, FEDEAPS, Quito, septiembre de 2010.

La espiritualidad de la economía de vida se hace palpable en las prácticas de las comunidades marginadas que refutan las espiritualidades metafísicas⁹ institucionalizadas dominantes y los textos dogmáticos. La economía de vida afirma la importancia de las relaciones sociales en la producción y la reproducción, y la dinámica de la 'espiritualidad del trabajo', es decir: dar a luz, cuidar de los niños y los ancianos, cultivar la tierra, criar animales, prestar atención a la relación simbiótica en la naturaleza, etc.

Las personas que viven en la pobreza, las mujeres, los pueblos indígenas, las Primeras Naciones de la Isla Tortuga, los adivasis, los migrantes, la gente de color, los dalits y otros ofrecen una sabiduría y unos conocimientos, patentes en sus narraciones, tradiciones y modos de vida, que propician la imaginación creativa y la adopción de medidas audaces que conduzcan a la economía de vida. Debemos escuchar atentamente sus voces que *"expresan lo que afirma la vida y lo que la destruye"*¹⁰, y fortalecer nuestro acompañamiento y apoyo a sus luchas por la vida.

Trabajar con las comunidades religiosas de todo el mundo

Recordamos las economías que afirman la vida, de las que dan fe tradiciones religiosas de todo el mundo y fuentes alternativas de la historia de los pueblos, donde abundan historias como la de la práctica de los primeros cristianos de compartir en aras del bien común (Hechos 2:44-46 y 4:32-35) que pueden inspirar a sus seguidores a emprender acciones colaborativas.

A lo largo de los siglos, las tradiciones religiosas han advertido a sus creyentes de la corrupción que entrañan la codicia y el apego que conducen a la acumulación, instándoles a la renuncia y el desapego que propician la redistribución. Desde el punto de vista económico, la renuncia y el desapego significan redistribuir los excedentes y los beneficios de modo que sirvan al bien común y puedan ser reinvertidos en actividades económicas que sustenten y mejoren el bienestar material y espiritual de la comunidad (p. ej. sistemas de indemnizaciones y salarios justos, sistemas de atención y apoyo a los enfermos y los ancianos, proyectos de energía renovable operados por las comunidades). Desde la perspectiva teológica y ontológica¹¹, la renuncia significa el desapego de lo material, es decir de lo que es relativo e irreal porque es pasajero, y apegarse solo a lo Absoluto y lo Real.

La cultura económica dominante sanciona e incluso aprecia la codicia en cuanto principal fuente de motivación, y corrompe algunas de nuestras propias instituciones religiosas. A pesar de ello, todas las principales tradiciones religiosas consideran que la codicia es el problema

⁹ La metafísica es una parte de la filosofía que se ocupa del estudio de la existencia y la naturaleza de la existencia, es decir una teoría de la realidad más allá de su dimensión física.

¹⁰ CMI (2012), "Juntos por la Vida: Misión y evangelización en contextos cambiantes" (http://www.oikoumene.org/es/resources/documents/commissions/mission-and-evangelism/together-towards-life-mission-and-evangelism-in-changing-landscapes?set_language=es).

¹¹ En filosofía, la ontología describe la naturaleza y la estructura del mundo.

espiritual primordial¹² y abogan por la renuncia y el desapego como principios fundamentales. El objetivo de bienestar del budismo se alcanza a través de la sabiduría nacida del desapego. En el hinduismo, los principales estados de la existencia (estudiante, cabeza de familia, ermitaño en el bosque y asceta errante) incorporan a las sucesivas etapas de la vida la necesidad de la renuncia. En el islam, la primacía de la comunidad y su bien común requieren que los seguidores practiquen el desapego y renuncien a cualquier forma de opresión, injusticia y explotación del prójimo al ganarse el sustento.

Los aspectos religiosos comunes de los análisis y las prácticas sobre la economía de vida crean oportunidades significativas para que los cristianos trabajen junto con las comunidades religiosas y laicas de todo el mundo a fin de dismantelar las estructuras que promueven la acumulación incesante y propiciar las economías sostenibles y que sustentan la vida.

**Vivir la economía de vida, justicia y paz:
donde la koinonía y nuestra confesión bautismal confluyen**

La peregrinación del CMI de justicia y paz es una peregrinación que nos insta a estar presentes en esos momentos y esos lugares en los que podemos unirnos en solidaridad para luchar por la liberación, aprender unos de otros y enseñarnos mutuamente nuestra manera de conocer a Dios en nuestras vidas y comunidades, y discernir cómo podemos vivir juntos más sencillamente como discípulos de Cristo que hemos renunciado a los ‘señores’ del mundo y estamos llamados al Buen Vivir, en vez de a vivir mejor.

1. Koinonía: respeto por el prójimo

En nuestra vida en comunidad, en nuestras risas y cuando tendemos la mano para permanecer juntos, conservar la dignidad y mantener viva la esperanza, hay destellos de koinonía. Toda la teología surge de nuestra experiencia de vida y de la comunidad (teología contextual). Y hay poder en el hecho de hablar juntos sobre cómo Dios opera entre nosotros para crear nuevas formas de solidaridad humana y averiguar los límites con respecto a cómo estamos llamados a vivir nuestra vida en Cristo y nuestra fe en acción.

Invitación a las congregaciones:

¿En qué contexto vive nuestra congregación? ¿Dónde, en nuestra comunidad, encontramos la violencia, la opresión, el sufrimiento y la exclusión que nos impiden encarnar la koinonía?

¹² En la reunión de la Comisión de las Iglesias para Asuntos Internacionales del CMI, celebrada en Matanzas en 2009, el Grupo de Trabajo sobre Diálogo y Cooperación Interreligiosos identificó la codicia como violencia. En una consulta sobre la codicia estructural conjuntamente patrocinada por el CMI y la Federación Luterana Mundial, que tuvo lugar en Chiang Mai en 2011 y en la que participaron budistas y cristianos, se reconoció que la codicia es el problema espiritual más persistente de nuestra época. Por su parte, el informe del Grupo de Estudio sobre la Línea de Codicia, también afirma en “La línea de codicia: Informe y estudios” (CMI, de próxima aparición) que todas las religiones denuncian contundentemente la codicia.

¿Somos el opresor, el oprimido o ambos? ¿Qué nos está diciendo Dios acerca de cómo abordamos estos problemas? ¿Qué nos exigen nuestros votos bautismales? ¿Qué nos insta a hacer Dios en estas situaciones como discípulos de Jesús? ¿Cómo lo estamos haciendo en la actualidad y cuáles son las dificultades con las que nos topamos?

2. Solidaridad e interdependencia de la comunidad de la Tierra

La comunidad de Dios, la *koinonía*, incluye a toda la Creación de Dios, las criaturas humanas y no humanas. Escuchar las historias, teologías y testimonios de los demás –la comunidad de la Tierra, nuestro prójimo de otras religiones, las iglesias hermanas de todas partes del mundo– forma parte integrante de conocernos a nosotros mismos en cuanto comunidad y de comprender nuestra interdependencia como comunidad humana y ecológica. La *koinonía* nos exhorta a rendir cuentas a Dios y a los demás.

Invitación a las congregaciones:

¿Quién es nuestro prójimo, cerca y lejos? ¿Lo conocemos? ¿De qué maneras hablamos con él y aprendemos de su experiencia? ¿Cuáles son nuestros prejuicios y a quiénes no escuchamos? ¿Cómo trabajamos en los asuntos comunitarios juntamente con otras iglesias, comunidades religiosas, movimientos populares y organizaciones laborales, y qué podemos aprender a lo largo del proceso? ¿Con quiénes estamos unidos en Cristo? ¿Cómo expandimos los límites de quienes consideramos que son nuestro prójimo? ¿Cómo establecemos lazos comunitarios con los demás y cuáles son los impedimentos con que tropezamos?

3. Respeto y cuidado de la Creación

La *koinonía* requiere que prestemos atención y cuidado no solo a nuestros semejantes, sino también a toda la comunidad de la Tierra. También requiere que respetemos la naturaleza como un don sagrado de Dios que estamos llamados a no explotar y destruir, sino a defender, cultivar y sanar. El cuidado amoroso que Dios muestra en el relato de Génesis es una fuente de inspiración para desempeñar nuestra propia función de cuidadores, guardianes, custodios y administradores de la Tierra. En nuestro mundo industrial y tecnológicamente avanzado, debemos reaprender de aquellos que se acuerdan de cómo dejar una huella más ligera en la Tierra y de cómo vivir en armonía con el mundo natural. También debemos ser conscientes de nuestra responsabilidad ante Dios por lo que respecta al don de la Creación y a su mantenimiento para las futuras generaciones de todos los seres vivos.

Invitación a las congregaciones:

¿Qué impacto tienen nuestras vidas (individual y colectivamente) en la Tierra? ¿Qué hacemos para cambiar nuestros estilos de vida y la conducta de nuestra iglesia a fin de dejar una huella más ligera en el planeta? ¿Cómo podemos aprender de las comunidades indígenas y de las sociedades orientadas a la ‘subsistencia’ a ordenar nuestras vidas y sociedades de otra manera a fin de poder empezar a vivir de una forma más sostenible? ¿Qué recursos teológicos pueden ayudarnos a pensar acerca de nuestra relación con el mundo natural? ¿Cómo las personas que viven en las zonas urbanas pueden volver a conectarse con la naturaleza y cuáles son los obstáculos que encontramos?

4. ¿Qué tipo de transformación necesitamos?

Vivir en koinonía requiere una experiencia radical de metanoia o transformación que nos permita vivir juntos de nuevas maneras que reflejen la justicia y la paz. Las prácticas espirituales como la confesión, el arrepentimiento, el perdón, la hospitalidad, el diezmo, el ayuno, la liturgia, el culto y la oración, entre otras, pueden ayudar a nuestras comunidades a desarrollar teologías y espiritualidades sanas que consideren e inspiren medidas audaces encaminadas a la economía de vida.

Invitación a las congregaciones:

¿Qué cambios son necesarios en nuestra comprensión de la iglesia, el pecado, el estilo de vida, la bendición? ¿Qué debemos (a nivel personal y como congregaciones) confesar? ¿De qué manera Dios nos afirma y nos cuestiona? ¿De qué manera nuestra comprensión de la gracia, la salvación, la resurrección y la justicia conforman y/o distorsionan nuestras vidas y nuestras prácticas espirituales? En el contexto actual, ¿qué nos exigen nuestros votos bautismales? ¿Cómo somos transformados por nuestra vida en Cristo en una economía de vida y cuáles son los obstáculos que se interponen en el camino?

¿Cómo podemos ser transformados por esta peregrinación de justicia y paz en una nueva y audaz manifestación del cuerpo de Cristo en el mundo, en una economía mundial de vida basada en relaciones justas y responsables entre todos los pueblos de la Tierra, con todos los seres de la Creación y con la propia Tierra?

“Fíjate bien: hoy he puesto delante de ti la vida y el bien, la muerte y el mal (...) Escoge, pues, la vida, para que tú y tu descendencia vivan” (Deuteronomio 30:15, 19b).